



Gorelik, Adrián

**Beatriz Sarlo, Escenas de la vida posmoderna,
Buenos Aires. Espasa Calpe. 192 páginas.
1994.**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Gorelik, A. (1994). *Beatriz Sarlo, Escenas de la vida posmoderna, Buenos Aires. Espasa Calpe. 192 páginas. 1994. Revista de ciencias sociales, (1), 189-195. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1313>*

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

sociales y políticos organizados sobre la base de codificaciones jurídicas de carácter secular. Desde este horizonte, la "ideología modernista" identificó razón y sujeto, siendo este último un individuo cuyas acciones son adecuadas a una racionalidad de tipo instrumental -i. e. una conducta con arreglo a las expectativas de rol demandadas por el sistema social-. Mientras Freud hace de la conciencia una mera cualidad psíquica, evaporando, de este modo, el fundamento del individuo racional y utilitario en el suelo de esa tierra extraña interior que llama lo inconsciente, Touraine postula un sujeto que se constituye al "desfasarse respecto de sus propios roles sociales", desarticulando, por ende, la pretendida articulación entre actor y sistema social.

Delimitada por la crisis de una

concepción del sujeto político que abandonó definitivamente la enunciación marxiana de la clase social, y reconociéndose en la tradición exegética comenzada con Freud, la hermenéutica propuesta por Touraine parece ser una topología de la modernidad que intenta representar sobre un mismo espacio el proceso de racionalización institucional y el movimiento de constitución de un sujeto que se resiste a ser absorbido por el primero. El sujeto de Touraine no es totalmente interior ni absolutamente exterior al sistema; su espacio de constitución está formado a modo de un permanente juego de sujeción y separación respecto de la lógica del orden social, oscilando entre la dependencia y la autonomía.

Marcelo Altomare

Beatriz Sarlo,
Escenas de la vida posmoderna,
Buenos Aires, Espasa Calpe, 192
páginas, 1994.

Sobre el arte y la vida

No es sencillo comentar el último libro de Beatriz Sarlo, en primer lugar, porque debería poder decirse algo que estuviese a la

altura del acontecimiento: la aparición de uno de los libros más importantes de la crítica cultural argentina. Esta dificultad puede traducirse en una glosa interminable o en la enumeración de adjetivos que poco comunican además de la admiración. Pero, al mismo tiempo, las cualidades del libro generan otros problemas, más sustantivos, porque, ¿cómo

situar una apasionante búsqueda intelectual si su objeto de indagación es, precisamente, el riesgo de extinción de las búsquedas intelectuales?

De manera sartreana, a Sarlo le gusta definir al intelectual como aquél capaz de saltar sus límites disciplinares para indagar, con las armas de la crítica, otros campos, confluyendo en la construcción, que es siempre colectiva, de un espacio público cultural y políticamente activo. Con este libro ha logrado saltar todas las barreras, poniendo en contacto mundos inconciliables, cuya reunión y coherencia dependen exclusivamente de la construcción de una compleja perspectiva crítica y de una escritura precisa, lo que resulta en un aceitado mecanismo en el que, *mutatis mutandis*, nada queda fuera de lugar. Sarlo reúne, por una parte, objetos de lo más diversos: videojuegos y televisión con poesía y pintura de caballete; cultura "popular" con "alta" cultura; las conversaciones deshilachadas del mundo del consumo juvenil con las últimas teorías sobre el arte moderno: la ciudad fragmentada, posmoderna, de la videocultura y el shopping, con el espacio político y cultural de las indagaciones intelectuales. Reúne, por otra parte, escrituras muy diferentes: episodios ficcionales y postulados teóricos; una primera persona atormentada por la crisis del pensamiento moderno y descarnadas descripciones de

escenas cotidianas; narraciones armoniosas y una prosa de barricada que polemiza con una voluntad que parecía perdida en el campo intelectual local.

Esta multiplicidad sólo puede reunirse en la riqueza del género "ensayo", que Sarlo explota hasta sus límites planteando un doble *crescendo*: el libro se desenvuelve desde el shopping hasta la crisis de los intelectuales; pero, además, cada capítulo avanza desde una escena mínima y cotidiana hacia su construcción conceptual. Un género "ensayo" que es aquí el vehículo para las más importantes preguntas sobre la condición actual de la cultura argentina, que, en el cauce abierto por las *Mitologías* de Roland Barthes, dan vuelta como un guante el sentido común a partir del análisis de los episodios más banales; que demuestra, contra las principales tendencias de los últimos años, que el "ensayo" no equivale a un *piedra libre* para la divagación subjetiva, que no es el momento de máxima libertad de la escritura, sino el de máxima responsabilidad y compromiso.

Esta reunión tensa de objetos y escrituras diferentes tiene en *Escenas de la vida posmoderna* un objetivo puntual: recuperando la clave central de la tradición de la crítica cultural y de las vanguardias estéticas, Sarlo se pregunta por la relación entre arte y vida. Sabemos que la problemática de esa relación

está en la base del drama –filosófico y artístico, pero sobre todo político– de la modernidad, pero nos hemos acostumbrado a un tipo de modernismo y de posmodernismo que simétricamente creyeron sacarse el problema de encima a fuerza de ignorarlo: unos, de modo elitista, asumiendo la imposibilidad de la relación y recomponiendo la autonomía absoluta de cada esfera que, precisamente, el arte moderno había puesto en cuestión; otros, de modo populista, retomando las hipótesis vanguardistas de la disolución del arte en la vida, pero para coronar por esa vía a la industria cultural como única esfera de legitimación.

Sarlo recupera la certeza de las autonomías pero también la decisión política de establecerse en sus fronteras, de experimentar sus bordes, de ver cuáles conexiones posibles quedan en el mundo contemporáneo, sabiendo que es en las conexiones donde se juegan las principales apuestas en la cultura. Y así realiza, por ejemplo, un análisis de la cultura popular que le otorga la importancia decisiva que la crítica “cultura” suele negarle, pero al hacerlo demuestra la mistificación de la hermenéutica populista, dándole batalla en su propio terreno privilegiado: el de la videocultura. Sarlo critica la televisión como artefacto político, pero no a partir de las tradicionales hipótesis sobre la recepción –esas que nos decían

alternativamente que la gente cree todo lo que ve en la TV y que la gente hace lo que quiere con lo que ve en la TV–, sino a partir de un análisis de su propio funcionamiento técnico y estético. Se detiene en los objetos preciados del populismo cultural –los videojuegos, Olmedo, la telenovela– para desmenuzarlos sin concesiones, al mismo tiempo que desmenuza los modos de producción del gran arte, de la crisis teórica e ideológica de la modernidad cultural, de la retirada de las redes públicas, de la impotencia de las ciencias sociales para dar cuenta de todo aquello del arte que no cabe en las lógicas del mercado.

Por último, quiero volver a enfatizar la importancia política de *Escenas de la vida posmoderna*: en un momento de la cultura argentina en que la tiranía de “lo real”, como un mundo informe e indiferenciado de técnicas audiovisuales y valores de mercado, le impone a la crítica el rol de clasificación y celebración *ex post*, Sarlo construye un instrumento que perfora la opacidad de ese mundo mostrando que los principales valores del arte y de la vida están allí, disponibles todavía aunque sea como pregunta desgarrada, pero cuya enunciación alerta es una condición necesaria para toda transformación progresista.

Adrián Gorelik